

EL CLUB DEL CRIMEN
DE LOS JUEVES

**RICHARD
OSMAN**



**EL ÚLTIMO EN
MORIR**

**Nunca les tiembla el pulso a la hora
de resolver un crimen**



ESPASA

RICHARD OSMAN

EL ÚLTIMO EN MORIR

Una novela del
Club del Crimen de los Jueves

Traducción de Albert Fuentes Sánchez


ESPASA

1

MIÉRCOLES, 26 DE DICIEMBRE, A LA HORA DE COMER

—**E**stuve casado con una mujer de Swansea —dice Mervyn Collins—. Pelirroja, no le faltaba de nada.

—Entiendo —repite Elizabeth—. Mucha tela que cortar, ¿no?

—¿Tela? —Mervyn niega con la cabeza—. No. Nos separamos. Ya sabes cómo son las mujeres.

—Lo sabemos, Mervyn —dice Joyce, mientras corta unas porciones de pudín de Yorkshire—. Claro que lo sabemos.

Silencio. No es el primero durante esta comida, piensa Elizabeth.

Es Boxing Day, 26 de diciembre, y la pandilla, con el añadido de Mervyn, se ha reunido en el restaurante de Coopers Chase. Joyce ha traído sorpresas de Navidad y cada uno lleva la corona de papel que le ha tocado. A Joyce le va grande, y parece que en cualquier momento va a convertirse en una venda que le tape los ojos. A Ron le va pequeña, y el papel crepé de color rosa le aprieta en las sienes.

—¿Puedo sugerirte una copita de vino, Mervyn?
—pregunta Elizabeth.

—¿Alcohol a la hora de comer? No —responde él.

La pandilla pasó el día de Navidad por separado. Fue un día difícil para Elizabeth; no tenía sentido negarlo. Había esperado que la celebración despertase algo, que le diera a Stephen, su marido, una chispa de vida, algo de lucidez, que los recuerdos de las Navidades de toda una vida le transmitieran energía. Pero no. Ahora, la Navidad, para Stephen, era como otro día cualquiera. Una página en blanco al final de un libro viejo. Se estremece al pensar en el año que está a punto de empezar.

Habían quedado en comer juntos el Boxing Day en el restaurante. En el último minuto, Joyce había preguntado si sería de buena educación invitar a Mervyn a la comida. Se instaló en Coopers Chase hace unos meses y, de momento, le ha costado hacer amigos.

«Está solo estas Navidades», dijo Joyce, y finalmente acordaron que se lo preguntarían. «Todo un detalle», comentó Ron, a lo que Ibrahim añadió que, si Coopers Chase valía para algo, era para asegurarse de que nadie se sintiera solo en Navidad.

Elizabeth, por su parte, aplaudió el altruismo de Joyce, sin dejar de observar que Mervyn, según le diera la luz, tenía ese estilo apuesto que tantas veces dejaba indefensa a su amiga. La aspereza galesa de su voz, las cejas oscuras, el bigote y el pelo plateado. Elizabeth cada vez conoce mejor el tipo de hombre que le gusta a Joyce, que podría resumirse en «alguien medianamente apuesto». «Parece un malo de telenovela», fue la opinión de Ron, y Elizabeth no tuvo inconveniente en darle la razón en este punto.

De momento han intentado hablar de política con Mervyn («no es mi especialidad»), de televisión («no me va») y de la vida matrimonial («estuve casado con una mujer de Swansea», etcétera).

Llega el plato de Mervyn. Ha torcido el morro con el pavo y en la cocina han accedido a prepararle unos langostinos empanados con papas cocidas.

—Te chiflan los *scampi*, ¿no? —dice Ron, señalando el plato de langostinos. Elizabeth tiene que reconocerle el esfuerzo; Ron intenta dar una mano.

—Los miércoles siempre pido *scampi* —admite Mervyn.

—¿Es miércoles? —pregunta Joyce—. Siempre me pierdo en Navidades. Nunca sé qué día de la semana es.

—Es miércoles —confirma Mervyn—. Miércoles, veintiséis de diciembre.

—¿Sabías que «*scampi*» es plural? —interviene Ibrahim. Lleva la corona de papel ladeada, con elegancia—. El singular es «*scampo*».

—Lo sabía, sí —responde Mervyn.

Elizabeth ha conquistado montañas más difíciles que Mervyn a lo largo de los años. Una vez tuvo que interrogar a un general del ejército soviético que no había soltado prenda en tres meses de cautiverio, y en menos de una hora el hombre ya estaba cantando canciones de Noël Coward con ella. Joyce lleva varias semanas trabajándose a Mervyn, desde el final del caso Bethany Waites. De momento ya ha averiguado que fue director de escuela, que va por su tercer perro y que le gusta Elton John, pero tampoco es para echar las campanas al vuelo.

Elizabeth decide tomar las riendas de la conversación

por las bravas. A veces es preciso un buen susto para devolver al paciente a la vida.

—Bueno, Mervyn, aparte de nuestra misteriosa amiga de Swansea, ¿cómo vas de amores?

—Tengo novia —dice él.

Elizabeth ve que Joyce levanta una ceja con el más sutil de los gestos.

—Me alegro por ti —dice Ron—. ¿Cómo se llama?

—Tatiana —responde Mervyn.

—Bonito nombre —comenta Joyce—. Es la primera vez que la mencionas, ¿no?

—¿Dónde está pasando las Navidades? —pregunta Ron.

—En Lituania —dice Mervyn.

—La joya del Báltico —apostilla Ibrahim.

—Creo que no hemos tenido el gusto de verla por Coopers Chase, ¿no? —indica Elizabeth—. Desde que te instalaste aquí...

—Le han retirado el pasaporte —explica Mervyn.

—Madre mía —exclama Elizabeth—. Qué mala pata. ¿Quién ha sido?

—El gobierno —responde Mervyn.

—Me lo figuraba —dice Ron, negando con la cabeza—. Maldito gobierno.

—Supongo que la extrañarás mucho —dice Ibrahim—. ¿Cuándo fue la última vez que estuviste con ella?

—La verdad es que, de momento, todavía no nos hemos conocido personalmente —responde Mervyn, apartando la salsa tártara de uno de los langostinos.

—¿Todavía no se han visto? —pregunta Joyce—. Parece extraño...

—Pura mala suerte —dice Mervyn—. Le cancelaron

el vuelo, le robaron algo de dinero y, ahora, lo del pasaporte. El amor verdadero nunca es un camino de rosas.

—Es verdad —coincide Elizabeth—. Siempre es así.

—Pero en cuanto le devuelvan el pasaporte —tercia Ron— se vendrá a Inglaterra, ¿no?

—Esa es la idea —afirma Mervyn—. Lo tenemos todo previsto. Le he enviado algo de dinero a su hermano.

Los demás asienten al unísono. Se miran entre sí mientras Mervyn sigue dando cuenta de sus langostinos.

—A propósito, Mervyn —dice Elizabeth al tiempo que se ajusta un poquito la corona—. ¿Cuánto dinero le has enviado? Al hermano, me refiero.

—Cinco mil libras —contesta él—. Sumándolo todo. Hay una corrupción terrible en Lituania. El soborno es el deporte nacional.

—No estaba al corriente —dice Elizabeth—. He pasado muy buenos momentos en Lituania. Pobre Tatiana. Y el dinero que le robaron, ¿también era tuyo?

Mervyn asiente.

—Se lo envié y se lo mangaron en la aduana.

Elizabeth llena las copas de sus amigos.

—En fin, nos gustará mucho conocerla.

—Muchísimo —coincide Ibrahim.

—Aunque me pregunto, Mervyn —añade a continuación Elizabeth—, la próxima vez que se comuniqué contigo para pedirte dinero, ¿te importaría hacérmelo saber? Tengo contactos y quizá pueda ayudarlos...

—¿De verdad? —pregunta Mervyn.

—Desde luego —insiste Elizabeth—. Deja que yo me ocupe. Antes de que vuelvan a tener mala suerte.

—Te lo agradezco —dice Mervyn—. Tatiana significa

mucho para mí. Hacía mucho tiempo que nadie me prestaba atención.

—Pero yo te he hecho muchos pasteles estas últimas semanas —interviene Joyce.

—Lo sé, lo sé —dice Mervyn—. Me refería a atención en un sentido amoroso.

—Disculpa —contesta Joyce, y Ron toma un sorbo de vino para reprimir una carcajada.

Mervyn es un invitado poco convencional, pero Elizabeth está aprendiendo a dejarse llevar por la corriente de la vida en estos últimos tiempos.

Pavo relleno, globos y serpentinas, sorpresas y sombreros. Una buena botella de tinto y canciones pop navideñas sonando de fondo, o eso le parece a Elizabeth. La amistad, y Joyce que flirtea sin demasiado éxito con un galés que parece ser víctima de una estafa internacional bastante grave. A Elizabeth podrían ocurrírsele peores maneras de pasar las fiestas.

—Bueno, feliz Boxing Day, amigos —dice Ron levantando su copa.

Todos se suman al brindis.

—Y feliz miércoles, veintiséis de diciembre, a ti, Mervyn —añade Ibrahim.

2

En circunstancias normales, Mitch Maxwell se habría encontrado a millones de kilómetros de distancia cuando descargaran un alijo. ¿Por qué correr el riesgo de estar en el almacén cuando hay drogas? Aunque, por motivos evidentes, esta remesa no es de las normales. Y cuantas menos personas intervengan, mejor, dada la situación en la que se encuentra. Solo ha parado de golpear los dedos contra la mesa para morderse las uñas. No es de los que se ponen nerviosos y no está acostumbrado.

Además, es Boxing Day, y tenía ganas de salir de casa. En realidad, necesitaba airearse un poco. Los niños se estaban portando mal y, por si fuera poco, se ha peleado a piñas con su suegro porque no se ponían de acuerdo sobre dónde habían visto antes a uno de los actores del especial de Navidad de *¡Llama a la comadrona!* Su suegro ha terminado en el hospital de Hemel Hempstead con la mandíbula rota. Su mujer y su suegra coinciden en que la culpa ha sido suya, por motivos que a Mitch se le escapan, así que ha considerado que una retirada a tiempo a veces es una victoria, y conducir los

ciento cincuenta kilómetros hasta East Sussex para supervisar la operación ha sido un pretexto de lo más oportuno.

Mitch está aquí porque quiere asegurarse de que una humilde caja que contiene heroína por valor de cien mil libras sea descargada de inmediato en cuanto el camión haya desembarcado del ferri. Tampoco es que sea una fortuna, pero no se trata de eso.

El cargamento ha pasado el control de aduanas. De eso se trataba.

El almacén se encuentra en un polígono industrial, construido anárquicamente en una antigua zona agrícola a unos ocho kilómetros del litoral sur. Seguro que hace cientos de años hubo aquí graneros y establos, maíz, cebada, y tréboles, y ruido de cascos de caballos. Ahora, sin embargo, en este mismo espacio solo hay almacenes de chapa ondulada, Volvos viejos y ventanas rajadas. Los huesos achacosos de Inglaterra.

Una alta valla metálica rodea toda la parcela para disuadir a ladrones de poca monta, mientras, en el interior del recinto, los delincuentes de verdad ventilan sus asuntos. El almacén de Mitch tiene un letrero de aluminio en el que se lee: SERVICIOS LOGÍSTICOS SUSSEX. Al lado, en una nave parecida, el letrero dice: SOLUCIONES FUTURAS PARA EL TRANSPORTE, S. L., una tapadera para la distribución de coches robados de altas prestaciones. A la izquierda hay un módulo prefabricado sin letrero en la puerta; allí manda una mujer a la que Mitch todavía no ha tenido el gusto de conocer, pero que, según parece, se dedica a la venta al por mayor de MDMA y

de pasaportes. En el extremo opuesto de la parcela tiene su sede la bodega y almacén de BRAMBER: EL MEJOR ESPUMOSO INGLÉS, que por lo visto es un negocio legal, según Mitch acaba de descubrir. Lo llevan dos hermanos, hombre y mujer, que son un auténtico encanto: tuvieron el detalle de regalarles una caja de vino a todos los vecinos por Navidad. Estaba más rico que el champán y ha contribuido, en no poca medida, a la pelea a piñas con su suegro.

Mitch ignoraba si esos dos hermanos de Espumosos Bramber albergaban alguna sospecha de que eran la única empresa legal en todo el polígono, pero una vez lo habían visto comprando una ballesta en Soluciones Futuras para el Transporte y ni se habían inmutado, así que no parecía que fueran a causarle problemas. Mitch intuía que esos espumosos ingleses podían dar un buen dinero, y había pensado en invertir en la empresa. Al final, no se ha tirado a la piscina, porque con la heroína también se gana un buen dinero y a veces es recomendable ceñirse a lo que uno domina. Aun así, está empezando a matizar su opinión, sobre todo ahora que cada vez tiene más problemas.

El almacén está cerrado a cal y canto. La puerta del remolque del camión está abierta. Dos hombres —mejor dicho, un hombre y un chico— están descargando macetas. El personal mínimo. Una vez más, como consecuencia de la situación actual, Mitch ha tenido que recordarles que se anden con cuidado. Por supuesto, la caja pequeña escondida entre los palés es la mercancía más importante, pero eso no significa que no puedan ganarse un dinerito con las macetas. Mitch las vende a los *gardens* del sureste, un negocio aseado y decente. Y nadie va a comprarle una maceta rajada.

La heroína está en una cajita de terracota, tratada para que parezca vieja, como un trasto de jardín cutre, por si acaso a alguien le da por husmear. Un adorno soso. Es el método habitual. En alguna finca agrícola perdida en Helmand, han metido la heroína en la caja y luego le han puesto unas cuñas para que quede bien cerrada. Un empleado de Mitch —le tocó a Lenny comerse el marrón— tuvo que viajar a Afganistán para supervisar la operación y asegurarse de que la heroína era pura y de que no iban a estafarlos. La caja de terracota viajó en el coche de Lenny hasta Moldavia, a una ciudad en la que nadie mete las narices donde no lo llaman. Luego la escondieron cuidadosamente entre cientos de macetas y un tal Garry, con antecedentes penales y no mucho que perder, cruzó Europa con ella.

Mitch está ahora en el despacho, en un altillo improvisado al final del almacén, rascándose un tatuaje del brazo en el que se lee «Dios ayuda a quien se ayuda». El Everton está perdiendo dos a cero contra el Manchester City, un resultado esperable, pero aun así lo pone de mal humor. Alguien le propuso unirse a una sociedad para comprar el Everton Football Club. Era tentador ser el dueño de un trocito de su equipo de infancia, de la pasión de toda una vida, pero después de estudiar el asunto se convenció, una vez más, de que le convenía ceñirse a la heroína.

Mitch recibe un mensaje de su esposa, Kellie.

A papá le han dado el alta.

Dice que va a matarte.

Sería una manera de hablar para algunos, pero el suegro de Mitch es el jefe de una de las bandas crimina-

les más importantes de Mánchester y una vez, por Navidad, le regaló una Taser de la policía. Así que mejor andarse con cuidado con ese hombre. Aunque con los suegros siempre conviene andarse con cuidado, ¿no? Mitch está seguro de que todo se arreglará: su matrimonio con Kellie es el fruto de un amor que triunfó contra viento y marea, la historia de Romeo y Julieta que unió Liverpool y Mánchester. Mitch responde al mensaje.

Dile que le he comprado
un Range Rover.

Se oye el golpe seco de un puño contra la puerta birriosa y Dom Holt, su segundo de a bordo, entra en el despacho.

—Todo en orden —dice Dom—. Macetas descargadas. La mercancía está en la caja fuerte.

—Gracias, Dom.

—¿Quieres verla? Da miedo.

—No, colega. Gracias —contesta Mitch—. No quiero tocarla ni con un palo.

—Te enviaré una foto —dice Dom—. Para que al menos la hayas visto.

—¿A qué hora sale? —Mitch es consciente de que todavía no pueden respirar tranquilos. Pero lo que más lo preocupaba era el paso por la aduana. Ahora ya están a salvo, ¿no? ¿Hay algo más que pueda torcerse?

—A las nueve de la mañana —le informa Dom—. La tienda abre a las diez. Enviaré al chico con la mercancía.

—Buen muchacho —responde Mitch—. ¿Adónde hay que llevarla? ¿A Brighton?

Dom asiente.

—A un anticuario. El tipo se llama Kuldesh Sharma. No es lo habitual, pero no hemos encontrado a nadie más. No creo que nos dé problemas.

El Manchester City marca su tercer gol y Mitch tuerce el gesto. Apaga el iPad. Para qué seguir torturándose.

—Bueno, te dejo al mando. Yo me largo —dice—. ¿Puedes pedirle a tu chico que mangue el Range Rover estacionado frente a los espumosos y que me haga el favor de llevarlo a Hertfordshire?

—Claro, jefe —dice Dom—. Tiene quince años, pero esos cacharros se conducen solos. La caja puedo llevarla yo.

Mitch se marcha del almacén por la salida de emergencia. Dom y el chico son los únicos que lo ven salir. Además, Dom y él fueron juntos a la escuela; de hecho, los expulsaron a la vez, así que, por ese lado, cero preocupaciones.

Dom se trasladó a la costa sur de Inglaterra hace diez años, después de incendiar el almacén que no era, y ahora se ocupa de toda la logística desde Newhaven. Es muy eficiente. Además, aquí, en la costa, hay buenas escuelas, así que Dom está feliz. Su hijo acaba de entrar en el Royal Ballet. Todo ha salido a pedir de boca. Hasta estos últimos meses. Pero ya casi lo tienen resuelto. Siempre que no se tuerza nada con este último envío. Y, de momento, todo va bien.

Mitch rota los hombros. Suele prepararse así antes de emprender el viaje de vuelta a casa. Su suegro no estará contento, pero se tomarán juntos una pinta, pondrán *Fast and Furious* y las aguas volverán a su cauce. Es posible que termine con un ojo morado después de disculparse —al buen hombre habrá que concederle un puñe-

tazo gratis después de lo que le ha hecho—, pero el Range Rover debería apaciguarlo.

Una cajita de nada, cien mil libras de beneficios. Bonito trabajo para un Boxing Day.

Lo que ocurra mañana no es asunto suyo. Su responsabilidad era transportar la caja desde Afganistán a una pequeña tienda de antigüedades en Brighton. En cuanto la recojan, su trabajo habrá terminado. Un hombre, quizá una mujer, quién sabe, entrará en la tienda a la mañana siguiente, comprará la caja y se marchará. Comprobarán el contenido y le abonarán el dinero en la cuenta inmediatamente.

Y, lo más importante, Mitch sabrá que su negocio vuelve a estar a salvo. Han sido unos meses bastante duros. Decomisos en los puertos, detenciones de conductores y de mensajeros. Por eso ha procurado ser tan discreto con este transporte y solo ha hablado con gente de su más estricta confianza. Se ha andado con pies de plomo.

A partir de mañana, confía en que no tendrá que volver a pensar en esa fea caja de terracota en su vida. Que podrá embolsarse el dinero y pasar al siguiente proyecto.

Si Mitch hubiera mirado a la izquierda de la carretera al salir del polígono, habría visto a un repartidor con la moto detenida en un área de descanso. Y tal vez se le habría ocurrido que era un sitio extraño, a una hora extraña, en un día extraño, para que ese hombre estuviera estacionado allí. Pero Mitch no ve al hombre, así que no se le ocurre pensar en ello y emprende feliz el viaje de vuelta a casa.

El motorista no se mueve.